

Acudid, pues, amados oyentes, acudid al Patrocinio de este gran Santo con una fé viva y luminosa en cualquier necesidad y trabajo. No temais que os desampare en la tribulacion y en la angustia: es amigo fidelísimo, padre amantísimo, bienhechor generosísimo, y un patrono por todos lados cumplido, poderoso, solcito, interesado en el bien de sus clientes: acudid á él, que no seréis confundidos. En árduas navegaciones él es el piloto que dirige el rumbo; en violentas enfermedades él es el médico que propina el remedio; en tempestades deshechas él es el iris que serena los cielos; en voraces incendios él es la lluvia oportuna que apaga la actividad de las llamas; en las oscuridades del alma él es la luz que ahuyenta las tinieblas; en las ansiedades del espíritu él es el maestro que resuelve las dudas; en los asaltos del demonio él es el escudo que repele las flechas: toda la vida le experimentaréis ángel de gran consejo en vuestras resoluciones; y en la hora de la muerte un asistente inseparable del lecho, un enfermero invisible, pero solcito y cuidadoso, que no omitirá diligencia para vuestro consuelo; que aliviará los dolores del cuerpo, mitigará las congojas del ánimo, disipará los temores, dilatará la esperanza, recibirá vuestro espíritu, le acompañará al tribunal de su Hijo, y os obtendrá una sentencia favorable. ¡Cuánto me complazco al ver que la devocion del patriarca S. José vá tomando cada día mayores incrementos! Á este nuevo Mardoqueo se le tributan en estos últimos tiempos los honores de que careció en los primeros siglos; y por una providencia incomprensible, pero adorable, cuanto estuvo entónces desconocido y olvidado, ahora se ve aplaudido y glorificado. José es el Santo de todos los estados, clases y condiciones; todos acuden á sus aras, se postran á sus plantas, le consagran votos, le ofrecen sacrificios; y este protector universal, con un corazón de padre, á todos dispensa sus gracias, derrama sobre todos sus bendiciones, y nadie le invoca que no vuelva consolado.

Glorioso Patriarca, miradnos y consideradnos como á vuestros hijos adoptivos; atended á nuestras necesidades y á nuestras aflicciones; oid nuestros votos, escuchad nuestras súplicas; y presentádnolas al Padre celestial, atraed sobre nosotros las bendiciones que nos hagan con vos dichosos en el Cielo.

PANEGÍRICO I

DE SAN JOSÉ DE CALASANZ, FUNDADOR.

Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.

El que guardare los mandamientos, y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos.

(MATTII. V. 19.)

¿Quién es este, amable y tierna juventud, á quien hoy ofreces tus votos y diriges tus súplicas? ¿Quién así obliga tu memoria y exige tus cultos? ¿Quién es sinó aquel hombre bienaventurado, que desprendido de todo lo que es terreno, no se dejó manchar de la menor impureza, que jamás encaminó sus pasos á los bienes del siglo, ántes bien los tuvo por falsos su esperanza? ¿Quién sinó aquel héroe generoso de nuestra España, que, en frase del profeta, tuvo piés de ciervo, ya para retirarse del mundo viviendo en medio de él, ya para obrar cosas grandes, sublimes y magníficas? ¿Quién sinó aquel que, en efecto, llenó su vida con virtudes y terminó con maravillas, cuya memoria es y será de bendicion para todos los pueblos y por todos los siglos? ¿Quién ha de ser sinó José de Calasanz, cuyo nacimiento ilustre es gloria de Aragon, cuya inocencia, cual la de otro José entre los egipcios, no peligró entre los lazos más artificiosamente dispuestos, cuyo celo ilustró á la Italia, cuyos ejemplos forman el modelo de los ministros de la religion? José de Calasanz, azote de la proterva hercía, dulce violencia de los obstinados pecadores, cópia adorable de la bondad divina, dulce encanto de las almas, atractivo suave de los corazones de los mortales para llevarlos á Dios, columna del místico fuego de amor con que guió á los extraviados; iluminó á los que andaban en tinieblas, y dió calor á los tibios; José de Calasanz, singular abogado de los atribulados, padre, en fin, y tutor de la niñez y juventud.

Este es, hermanos míos, el objeto de tan solemnes cultos: este él que hoy se propone á nuestra consideracion é imitacion, como digno

de aquel elogio que hace Jesucristo en su Evangelio, reduciendo la gloria de verdadera grandeza á la santidad y á la sabiduría verdadera. Cualquiera, dice Jesucristo, que se emplee en buenas obras, y así instruya á los hombres con su doctrina y ejemplo, esto será grande en el reino de los Cielos. Tal es la idea más perfecta y conforme á la verdadera sabiduría. Y ciertamente; ¿de qué sirve la luz si no alumbrá? ¿De qué el ejemplo si no mueve á imitación? ¡Ah! ¡Qué bien entendió S. José esta máxima! ¡Qué impresión hizo en el semejante idea! Desde luego se propuso entrar en la casa de la sabiduría, penetrar en su interior, descubrir su espíritu; pero después de haberse fundado en una vida irreprochable, empezó á enseñar la verdad á niños y adultos, mostrando con sus pasos el camino para seguirla; se resolvió á predicar la humildad, adornándose, primero, con esta virtud; se animó á exhortar á la caridad, después de estar ardiendo en el amor de Dios y del prójimo; y hé ahí su verdadero elogio. Ejemplar de santidad por sus virtudes, maestro verdadero, que enseñó á la niñez y juventud por su doctrina; empero, inculcando ésta y obrando aquéllas, siempre animado é impelido de un amor grande para con Dios y para con sus hermanos; asunto á la verdad que me es tan grato y bisonjero, como superior en un todo á mis talentos y fuerzas. ¡Ah! ¡Qué no posea yo una ciencia profunda y la más robusta elocuencia para alabar cual merece ser alabado el gran José de Calasanz! Pero me anima y decide el convencimiento, de que lo tierno y piadoso del objeto atraerá de tal modo hácia si la atención de los que me escuchan, que quedarán sin acción para reparar siquiera en la forma irregular y en el modo desaliñado con que me produzco: *A. M.*

No es la ciencia sinó la virtud la que constituye á los hombres en la clase de héroes. De nada sirven las altas ideas, los conceptos sublimes, los pensamientos agudos, si el corazón se halla poseído de la iniquidad. Sin la religion son humo las academias literarias, la filosofía del buen gusto y las decantadas bellas artes. ¿De qué aprovechó á Salomon ser reconocido por el más sábio de los hombres? ¿De qué aquella erudición profunda á Tertuliano? ¿De qué á tantos sábios del siglo el conocimiento de la antigüedad y de la historia? ¿De qué sinó de un testigo el más convincente de su vanidad? ¿Qué consiguió la ciencia de los antiguos filósofos tan celebrada del paganismo? ¿Qué la elocuencia de los griegos? ¿Qué la erudición de los romanos? ¡Ah! hermanos míos, todo se desvaneció como el humo fuertemente agitado por el viento, porque el principio de la sabiduría es el temer

de Dios, la pureza cristiana, la conformidad con las máximas del Evangelio; y todo lo que no sea la observancia de los divinos preceptos, una conducta irreprochable y una ciencia religiosa, es vana filosofía, es aire, es corrupción, es nada.

¡Oh! ¡Y qué bien descubrimos esta verdad en la vida de José de Calasanz! Desde sus tiernos años, empezó aquella alma grande á dar señales manifiestas de las virtudes con que había de enriquecerse. La modestia, la devoción á que atrae á los de su edad; la obediencia, la honestidad, son el carácter con que se nos manifiesta en sus primeros años, correspondiendo dócil á la cristiana educación de sus padres, á cuya sombra iba apareciendo una luz, que prevalecería contra las tinieblas del vicio y del error; á cuya sombra suscitaba Dios aquel sacerdote á medida de su corazón, que todos los días de su vida había de seguir á Jesucristo; y lleno del espíritu de inteligencia y de una caridad imponderable, había de entregar su corazón al cuidado de la inocente juventud para instruirle en la piedad y en las letras. Después de una correspondencia tan fiel á la cristiana educación de sus padres, ¿qué esperamos de nuestro Santo en el progreso de su juventud? ¿Acaso una soberbia vana, un lujo insostenible, un vil deseo de los deleites, carácter que, por lo común, distingue á la juventud de nuestros días? Nada ménos que eso; si su niñez dió tan juveniles esperanzas, la juventud las confirmó.

Pero ¡qué peligro no corre esa llama del amor divino, que apenas ha prendido en los verdes años de José! ¡Qué peligro no le amenaza cuando, concluido el estudio de las humanidades, tiene que partir á la universidad de Lérida para emprender los estudios mayores, saliendo de repente al mundo! ¡Oh! harto sabéis vosotros, que, de ordinario, esta llama fácilmente á los primeros soplos tiembla, vacila y se apaga. Mas no receleis, pues conocía muy bien nuestro Santo la fortaleza de las pasiones en esa edad, y sabía qué él no ponerles freno era dejar correr un caballo desbocado al precipicio; así, sin faltar á sus estudios, oraba con frecuencia, maceraba sus inocentes carnes con continuas y agudas mortificaciones, ayunaba continuamente; y de ahí nacia aquella pureza suma que le equivocaba con los ángeles. Si, hermanos míos; nuestro Santo era puro en sus palabras, puro en sus obras, puro en sus pensamientos; y tan puro en los primeros pasos de su infancia como aún más allá de los últimos alientos de su vida. Pero ¿cómo no había de ser así el que tan familiarmente trataba con la Madre de Dios, á la cual profesaba la más tierna y acendrada devoción? ¿Se dignaría, acaso, esta Señora, de llegar al que se hallara encenagado en el sucio lodazal de la sensualidad? No puede

ser. Feliz jóven, pues tan santamente prevenido podrás acometer con más valor los peligros á que necesariamente ván á exponerte tu ciencia, tu riqueza, tu fama y la nobleza de tu familia.

Doctorado José en jurisprudencia y cánones á la edad de veinte años, y desoso de emprender el estudio de la teología, pasó á la universidad de Valencia. Los enlaces de su ilustre familia le obligan á visitar á nombre de sus padres algunas de las personas más principales de la ciudad. Contaba entonces poco más de veintium años; era jóven de gallarda presencia, cabello rubio, frente espaciosa, ojos vivos y modestísimos, manifestando en su alegría la inocencia de su alma. Tan bellas prendas personales cautivaron el corazón de una señora principal, que con la continuación de su trato llegó al extremo de apasionarse de él de un modo poco decoroso, viniendo por último, á declararle abiertamente su pasión. Horrorizado el castísimo José de tan vergonzosa tentativa, la elude y desprecia con la mayor constancia, y huye con más prontitud que el otro José de la antigua ley. Da gracias á María santísima; y renovando su virginal propósito, no solo deja de frecuentar para siempre la casa, sino que hasta huye de la ciudad: huye, porque sabe que esta fuga es valentía á los ojos divinos. ¡Oh! ¡y qué acción tan generosa! ¡Que victoria tan completa! ¡Cuántos triunfos en un solo triunfo! ¿Y qué nos debere-mos prometer de los primeros ensayos de este jóven?

Veo á José envuelto en un nuevo peligro, de que tal vez no podrá librarse tan fácilmente como de aquel lazo tendido á su inocencia. El Señor ha dispuesto de la vida de su madre y de su hermano mayor, que había de dar sucesion á su familia. Su padre le insta con este fin á que abandone sus estudios y vuelva á su casa. La corded de la edad y la utilidad en todos estados de las carreras á que se ha dedicado, son razones con que se desembarazará José de la pretension de su padre; mas no sucederá así despues que, obtenido el grado de doctor en teología, y llamado por el obispo de Jaca por su extrardinario mérito en virtudes y ciencia, insiste aquél en su idea de que contraiga matrimonio. ¡Oh, qué situacion más penosa para nuestro Santo! ¡Á qué nueva prueba se expone su virtud! Su alma siente dos distintas impresiones: por una parte, fiel á sus promesas, nada es capaz de hacerle olvidar su cumplimiento; por otra, sin convenir con los sentimientos de aquel á quien, despues de Dios debe su existencia, quiere no disgustarle. ¡Ah! ¡qué recurso le queda? Vedle postrado en presencia de la Madre de Dios. Tú sabes, Señora, le dice, con cuanto placer de mi alma he hecho el sacrificio de mi virginidad; tú no ignoras con cuanto cuidado guardo esta inestima-

ble joya; no te es desconocido el conflicto en que en estos momentos me hallo; y ¿no he de experimentar tu tierna proteccion? ¡Ah! Tú, Señora, alcánzame de tu santísimo Hijo esta gracia.

Si, la conseguirás, virtuoso José; mas ¡por qué raro medio; Aquel Señor, que conduce las cosas con suavidad, ha herido gravemente á nuestro Santo, y los síntomas de la enfermedad que padece indican la brevedad de sus dias. Solo hay un medio de alcanzar la salud: propone á su padre consagrarse al servicio del Señor por el ministerio sacerdotal. Consiente aquél gustoso, y se restablece el enfermo contra el pronóstico de los médicos. ¡Oh! Si me fuera dado poderlos manifestar luego que en cumplimiento de su voto, ha sido elevado al sacerdocio; ¡qué ardor, que aumento no recibe aquel fuego divino que arde en su corazón! ¡Qué mayores quilates no adquieren sus virtudes! ¡Ah! Ved que por ellas, aún no cuenta treinta años de edad, cuando es elegido teólogo y confesor del obispo de Jaca, examinador y director del clero, visitador y vicario general de Trempe. Ved que solo á su raro mérito y extraordinaria virtud podia confiarse aquella grande empresa de visitar y reformar los incultos, bárbaros y desenfrenados pueblos del Pirineo. Su amor y caridad ardiente era la que únicamente podia triunfar de los partidos en que se hallaba dividida la ciudad de Barcelona, sin otras armas que sus exhortaciones, sin otras amenazas que sus súplicas, su oracion y rígidas mortificaciones, cuyas victimas no podian ménos de mover al Omnipotente. Pero su humildad no puede tolerar los tan bien merecidos aplausos que le prodigan, y la reputacion que le alcanzaron servicios de tan grandes consecuencias; y esta humildad es la que le determina á abandonar á España. Un impulso de la gracia le mueve interiormente á ello: continuamente le parece oír una voz de la divina Providencia que le conduce á Italia para los más grandiosos fines, y muéstrase dócil á ella.

Pero, ¿en qué ocasion se presenta Calasanz en Roma? En el siglo, en que hombres impios dieron principio á su escandalosa apostasia por predicar y escribir contra las indulgencias, y la concluyeron por no reconocer ni Papa, ni tradicion, ni autoridad de Padres y Concilios; ni Purgatorio, ni Misa, ni Sacramentos, ni votos religiosos; ni devocion á los santos, ni culto á sus imágenes, ni veneracion á sus reliquias..... Jamás hubo herejía más universal; mejor diré, usando de la expresion de un orador moderno, la herejía, de aquel siglo fué una asquerosa compilacion y una indigesta rapsodia de todas las herejías; herejía que inundó la Alemania, la Dinamarca, la Suecia, la Polonia, la Ungria, la Francia, la Prusia, la Inglaterra, países todos

en donde la religion católica apostólica romana habia florecido tantos siglos. En todos, ménos en España. ¡Con quanto gozo lo digo, amada patria mía! yo te felicito por ello.

Se asocia Calasanz á la Congregacion de los Santos Apóstoles, cuyo objeto era buscar y socorrer á los pobres vergonzantes y atribulados; á la de la Doctrina cristiana, ocupada en enseñarla á los niños y adultos; en una palabra, en todos los lugares y corporaciones que tuviesen por objeto la beneficencia, allí hallareis á Calasanz. Su amor todo lo vence. Mas ¿de que modo ó con que arte? Yo os lo diré: su virtud no era de un exterior triste, áspero y nada jovial; su trato nada tenía de desabrido. El mismo Dios, para entrar en los corazones de todos, le habia dotado de una figura interesante; y de él se verificaba lo que está escrito en los Cantares: que tenía en su lengua la suavidad de la leche y la dulzura de la miel. Copiaba en sí aquel admirable atributo de la divina bondad con que Dios á todos ama y á todos se hace amable, llegando á ser muy particular imitador de la caridad divina. Abrasado su corazon en el fuego de ella, se derretía y acomodaba á todos, tomando todas las figuras; como S. Pablo se hacia todo para todos por ganarlos á todos para Jesucristo.

¡Qué magnánimo y generoso se ostenta con los pobres! Él, antes de partir de su patria, los ha instituido herederos suyos, en tantos establecimientos piadosos como planteó y dotó suficientemente á costa de sus bienes. Él se constituye médico y enfermero de los dolientes: dígalo Roma cuando, al fin del siglo XVI, se extiende una enfermedad tan maligna y contagiosa, que difunde el terror, el espanto y la miseria por toda ella. Entregado á los oficios más humildes de los hospitales, en compañía de los grandes varones y patriarcas S. Camilo de Lelis y S. Felipe Neri, vemos á José salir por las calles y plazas en busca de los enfermos, conduciéndolos sobre sus hombros á los asilos de la humanidad doliente, donde se juntan toda especie de enfermedades y miserias; donde se ven espectros que horrorizan, cuerpos cubiertos de una sola llaga, cadáveres vivientes, hombres sin señal de serlo; donde ve la triste imágen de la muerte, y á donde la caridad guía sus pasos. Á todo asiste, y parece que él solo basta para todos; no piensa en el peligro á que se expone de contraer la enfermedad, con tal que pueda dar algun alivio á los enfermos; quisiera reunir en su propia persona todos los trabajos de sus prójimos para librarlos de tanto padecer; y á imitación del apóstol S. Pablo, siente dentro de su corazon los dolores que los enfermos padecen en el cuerpo, les administra los santos sacramentos, recibe los últimos suspiros, no sosiega y se regocija con tal que ga-

ne sus almas para Dios. Él abrasado del fuego.... Basta, católicos: veo que me dilato demasiado al presentarosle como ejemplar de santidad por sus virtudes; cuando, en cumplimiento de mi empeño, he de manifestárosle maestro de la verdad, que enseñó á la niñez y juventud por su doctrina.

Los diferentes dones que hay en la Iglesia, están distribuidos entre los diversos miembros que la componen, segun la secreta disposicion del Espíritu, que inspira en donde quiere, y á cada uno se le ha dado una gracia particular segun la medida del dón de Jesucristo. Unos fueron llamados para enseñar en el sosiego del retiro, conservando una alma pura y sin mancha; que si se halláran en el siglo verían espirar su inocencia y apagarse su fé: otros al ministerio de la predicacion; resplandeciendo como astros brillantes por la enseñanza de la doctrina en medio de la corrupcion del siglo, los que en el desierto caerian en la tibieza y abatimiento... Otros son destinados para evangelizar á los sencillos é ignorantes, que temerian enseñar la ley santa é immaculada del Señor á los principes y grandes de la tierra: otros, en fin, se obligaron á ponerse como muros de bronce en defensa de la casa de Israel, y resistir á los embates de las potestades del siglo. Tales son los diferentes varones que, guiados por el espíritu de Dios, formaron las diversas familias, que con sus virtudes y doctrina habian de embellecer el florido jardin de la Iglesia. Destinado por la divina Providencia para fundador de una de aquellas, José de Calasanz, cual águila, se remonta sobre estos encumbrados cedros del Líbano, y escogiendo lo más sobroso y sazonado de su fruto, forma un admirable conjunto de atenciones, para enseñar la virtud y las letras á la niñez y juventud desvalida. Con efecto; las continuas observaciones que habia hecho este incansable obrero del Evangelio, le convencieron, intimamente, de que el principio de donde procedian más generalmente los vicios de los hombres, no es otro que el de la ignorancia de la ley de Dios; conocia por ahí la necesidad de acudir al socorro; y exhortaba á los padres envíasen sus hijos á la escuela, quienes se excusaban por no tener con qué pagar á los maestros. Se condóla de que en Roma hubiese lugar á dar semejante respuesta. Inquieto su corazon caritativo, recurre á toda clase de sugetos y corporaciones con este fin, y aunque aplaudido como laudable, todos se excusan por falta de medios. Mas ¿qué mucho; Santo mio, si á ti solo, á tu cuidado se ha dejado el pobre? Si, tú eres el protector del huérfano; si, no lo dudes; coteja estas divinas palabras, que resuenan en tu interior, con la voz que en España te llamó á Roma, con el sueño en que te viste rodeado de niños, y no consul-

tes más, pues la voluntad de Dios ha sido el constituírte maestro de la verdad para enseñarla a la tierna niñez.

Nada, pues, le detiene; y sin anuncios pomposos, que prometen lo que no cumplen y efectúan lo que no debieran, sin llamar en su socorro á los grandes y poderosos y sus recomendaciones, para recibir en sus alabanzas y lisonjas el premio de su obra, guiado tan solo del espíritu de Dios, cuya voluntad conoce claramente, pone en ejecución tan grandioso y útil proyecto; abre sus escuelas en la parroquia de Sta. Dorotea, sita en uno de los barrios más necesitados de Roma, dándoles renombre de Pías, así por su principal objeto, que es la enseñanza de la piedad y temor de Dios, como porque son instruidos los niños sin interés alguno. Desde la primera semana fué crecido el número de discípulos, á quienes enseñaba á leer, escribir, gramática, retórica y aritmética, proveyéndolos su caridad de cuanto necesitaban; inspirando en los niños, en esas tiernas plantas tan susceptibles de las buenas ó malas impresiones en sus primeros años, el amor á la virtud y el horror al vicio. Esta obra divina, progresando con extraordinaria rapidez, se abre paso por medio de la emulación de los unos, de las calumnias de los otros, y de la rabia del Infierno. Es ya tan crecida la multitud que asiste á las escuelas de José, que es preciso llevarlas dentro de la ciudad, y establecer un método de vida entre los individuos de la corporación, que le nombran por su superior; y la santidad de Gregorio XV eleva esta congregación al grado de Religión, concediéndole todas las gracias, privilegios é inmunidades que gozan las demás Órdenes religiosas, y dando á ésta el título de: *Clerigos pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías*. Sería dilatarme demasiado si formara el empeño de describir los prodigios que obra el Señor, por medio de José, para la propagación de tan utilísimo instituto. Vuela por las vecinas provincias el nuevo Orden, y José tiene el placer de verle extendido en Italia, Polonia, Ungría, Bohemia y toda la Alemania. Su alma se siente regocijada en extremo al considerar, que en todas esas naciones dominadas por la herejía, la tierna juventud, objeto de sus caricias, adquiere el conocimiento de las letras humanas, librándolas de esta suerte de las sombras y tinieblas del vicio y del error en que yacían. Este consuelo, este deseo y su humildad le hacen renunciar constantemente las dignidades eclesiásticas: por dos veces el capelo, el arzobispado de Brindis y dos obispados en España; pues aunque virtuoso y hábil maestro de la verdad, quiere serlo en especial de la tierna juventud para ganarla para su Dios.

Para dar el último colorido á este elogio, no faltaba más que re-

presentárosle recibiendo la recompensa de los santos, esto es, las persecuciones y las calumnias; pero también tuvo el consuelo de experimentarlas. Confieso, hermanos míos, que aquí me rindo al peso y grandeza de mi asunto, pues las que sufrí en los últimos seis años de su vida, nadie, que no estuviese asistido de una fortaleza divina, las hubiera podido resistir: yo no tendria dificultad en manifestárosle como el Job de la nueva ley de gracia, según la bula de su canonización, con solo referir literalmente sus trabajos, pero no fué este mi objeto, y sería abusar de vuestra indulgencia. Solo os diré, que ya el Señor le había preparado una muerte verdaderamente preciosa por ser el fin de sus trabajos, la consumación de la victoria, la puerta de la vida y la entrada á una felicidad perfecta. Ya le había manifestado, en el curso de su enfermedad, en aquellos raptos y éxtasis, los tesoros de la Gloria, justo premio de sus heroicas virtudes y padecimientos; y haciendo correr á su vista aquel torrente de delicias que inunda la ciudad santa, había dejado sintiese en su corazón estas consoladoras palabras: «Luego, luego enjugaré tus lágrimas;» mas ahora, invocado el dulce nombre de Jesús y de María en su tránsito feliz, desprendida su alma de las mortales ligaduras, vuela á la celestial Sion, para ser tenido por grande en el reino de los Cielos, conforme á la promesa de Jesucristo en las palabras de mi tema, porque practicó la virtud siendo ejemplar de ella, y la enseñó como maestro de la verdad.

Así debió ser, católicos, porque ya oisteis que el gran patriarca san José de Calanz, siendo niño, fué obediente á sus padres, dócil á sus maestros, é inocentísimo en sus costumbres; ya joven, retirado, mortificado con asperísimas penitencias, y escrupulosísimo profesor de la honestidad y pureza. Fué un ministro del santuario, humilde y abrasado de una ardentísima caridad, devotísimo de María, padre de los pobres y maestro de la tierna é inocente juventud; fundando un instituto admirable de instrucción pública, muy útil á la sociedad, que tantos frutos de virtud y sabiduría ha producido á la Iglesia y al Estado. No olvidemos, amados en el Señor, no olvidemos las instrucciones que nos dá S. José de Calanz, y si nos gloriamos de ser devotos suyos, tratemos de formarnos según sus ejemplos.

Santo glorioso, tomad á vuestro cargo la salvación de los que os dedican estos cultos confiados en vuestra poderosa intercesión, y haced que todos imitemos vuestras virtudes. Negociad con el Dios de las misericordias nuestra bienaventuranza, para que, despues de haberle alabado por haberos hecho tan santo en esta vida, le bendigamos y ensalcemos eternamente con vos en la Gloria.

PANEGÍRICO II
DE SAN JOSÉ DE CALASANZ, FUNDADOR.

Omnia omnia factus sum, ut omnes facerem saluos.

Me he hecho todo para todos por salvarlos á todos.

(I. Cor. vii, 22.)

Si es cierto el dicho de un sábio, que «la gloria de los grandes hombres debe siempre medirse por los medios que emplearon para adquirirla,» indudable será igualmente, que la beneficencia es el camino más breve para subir á la cumbre de la gloria. Examinense todas las sendas que á ella conducen, y ninguna encontraremos tan recta y tan breve como el amor sincero y eficaz á nuestros semejantes, que nos impule á proporcionarles el bien posible. Todos los demás caminos son torcidos, escabrosos ó interminables: el hombre en ellos se fatiga, suelta y desmaya á veces ántes de ver su término, si ya otras no le conducen á una gloria insubsistente y efímera, brillante, si se quiere, más parecida en un todo al resplandor de un relámpago, que apenas se deja ver, desaparece. Mas de esta gloria digamos que no lo es. ¿Quién mejor se concilia y lleva consigo, aún despues de su muerte, el recuerdo de la admiración, el respeto y amor de los hombres, que quien emplea sus bienes, sus talentos ó su persona en beneficio de sus semejantes? ¿Qué héroe más digno de celebridad y memoria que el hombre benéfico? La beneficencia diviniza al hombre. ¿Cuál es la causa de que hoy me escuchéis con tanta atención? Porque deseáis vosotros oír, y debo yo predicar, las glorias de un español ilustre, de un maestro sábio de la niñez, de nuestro compatriota S. José de Calasanz; hombre eminentemente benéfico, heroicamente caritativo, y tan atento á la felicidad eterna como á la temporal de sus hermanos. La beneficencia, hermanos, entendiendo por esta palabra la caridad ejercitada con el prójimo, se puede revestir

de tantas formas, cuantos son los diferentes bienes de que es capaz el hombre, cuantos son los diversos males de que puede verse amenazado y oprimido. Todos, no obstante, así los males como los bienes, se comprenden dentro de dos círculos: la eternidad y el tiempo. Los bienes y males de la eternidad pertenecen al espíritu; tocan al cuerpo los bienes y males temporales: aquéllos miran al hombre que ha de ser en la vida futura; éstos al hombre que es en la vida presente: los primeros le contemplan religioso; los segundos le consideran social. Así, pues, la beneficencia refluje en utilidad de la Iglesia ó del Estado, segun los objetos eternos ó temporales que se proponga; y el hombre benéfico, siempre, bajo todo aspecto laudable y digno de gloria, merece bien de la religion ó de la patria conforme á la clase á que pertenezcan los bienes que dispense, ó los males de que exima á sus semejantes. ¿Qué diremos pues? José de Calasanz, este hombre por excelencia benéfico, ¿de quién mereció mejor? ¿De la Iglesia ó del Estado? ¿Quién debe más á este noble aragonés? ¿La religion ó la sociedad? La obra principal de su beneficencia, las Escuelas Pías, ¿para qué son más adecuadas? ¿Para formar buenos cristianos ó para formar buenos ciudadanos? Hé ahí lo que yo no me atrevo á decir; pero sabrá sin duda hacerlo vuestra madurez y juicio. Me limitaré, pues, á recordaros los bienes espirituales y temporales que José de Calasanz dispensó generoso á la humanidad: vosotros luego determinaréis si debe aclamárselo héroe de beneficencia religiosa, ó héroe de beneficencia social. He propuesto: implorad conmigo los auxilios soberanos: A. M.

Quando en un lienzo de muy limitadas dimensiones se pretende representar una historia muy complicada, preciso se hace, ó omitir muchos de los lances en ella ocurridos, ó tocarlos solamente con muy ligeras pinceladas allá á lo lejos y entre sombras. De esta suerte me veo yo obligado á proceder en la historia de la beneficencia de Calasanz, bajo cualquiera de los dos aspectos con que debo presentarla. ¿Cómo, si he de hablar de las grandes ventajas espirituales que la Iglesia de Dios recibe de sus escuelas, me he de entretener en los demás actos con que atendió siempre, desde su niñez, á la salvación de las almas, mereciendo ya bien de la religion en sus primeros años? Yo, si, me ocuparía con gusto en pintaros á Calasanz, niño casi balbuciente, conquistando almas para el Cielo en las sencillas y entéricas exhortaciones á la virtud, que dirigía á otros sus iguales y á los dependientes y criados de su casa. Yo os le haría ver en Lérida, Valencia y Alcalá, tomando por desahogo para volver á las fatigas

de sus estudios, é instruir en la doctrina de Jesucristo, é inbuir en los preceptos de la cristiana moral á los niños pobres y desvalidos, corrigiendo con la eficaz persuasiva de sus ejemplos, al mismo tiempo que con la gracia de sus palabras, la licencia de costumbres de muchos de sus compañeros, obrando una admirable reforma en la numerosa juventud que cursaba en aquellas universidades. Yo os lo presentaría, decorado apenas con el sacerdocio, ejerciendo ya los más honoríficos destinos, desempeñando los cargos más espinosos cerca de prelados muy respetables, con grande provecho de las almas y con inmensa utilidad de la Iglesia. Allí, hermanos míos, le vierais vosotros con suma prudencia reformar el clero de la diócesis de Albarracín, con sumo celo dirigir las Religiosas del mismo obispado, con eficaz asiduidad trabajar en las Cortes de Monzon (año de 1585) para la reforma del Orden de S. Agustín, con el más delicado acierto trazar los planes de arreglo, de paz y de concordia del célebre monasterio de Monserrat; con todas estas virtudes á la par, acometer y dar cima á la árdua empresa de corregir y cortar los crímenes y escándalos públicos, comunes, inveterados en la dilatada comarca de Tremp. ¡Qué frutos tan copiosos no recogió la religión del celo, de la sabiduría, de la prudencia y de las fatigas de Calasanz! Pudieran hablar las diócesis de Lérida y de Urgel, y todas le aclamarían un insigne bienhechor de la Iglesia, un hombre eminentemente benemérito de la religión de Jesucristo. Pero yo, católicos, no puedo detenerme más en estos sucesos. Bien que ellos demuestran los grandes servicios que hizo á la religión este glorioso Patriarca, los inmensos beneficios que á las almas dispensó; bien que ellos por sí solos bastasen para probar, que había ejercitado en grado heroico la beneficencia religiosa, queda aún por describir la empresa principal de su corazón benéfico, la obra grandiosa que acometió su caridad para bien de la Iglesia y de las almas. Si, hermanos míos, José de Calasanz abrió en Roma escuelas públicas gratuitas para la niñez y juventud, sin exclusión ni distinción de condiciones, cuya principal enseñanza es la religión y las buenas costumbres, y, secundariamente, las letras humanas, desde los primeros rudimentos hasta las ciencias exactas, filosóficas y eclesiásticas. Esta es su obra peculiar, esta la especial empresa de su beneficencia, por la que dispensó incalculables bienes al cristianismo y mereció bien de la Iglesia de Dios. ¡Ah! había presenciado Calasanz triste y dolorosamente, los males imponderables que causaba á la religión la ignorancia de sus sagrados dogmas, de sus altos misterios, de sus preceptos saludables.

Así en España, con motivo de los diferentes empleos que desempeñó, como en Roma, con ocasión de las varias piadosas confraternidades en que se alistó, había visto con sus ojos y palpado con sus manos, que la ignorancia de la religión era el gérmen de iniquidad que pervertía los corazones, fomentaba los vicios, sostenía los abusos, y canonizaba los escándalos. Cuando se disipaba esta ignorancia y le sucedía la instrucción religiosa, había visto reformarse el corazón humano, detenerse el torrente de las pasiones, extirparse el vicio, y brotar naturalmente la virtud. Pero llegaba muy tarde para infinidad de almas esta instrucción saludable. Perecían muchas eternamente víctimas casi más que de sus crímenes, de su ignorancia de las verdades cristianas. La religión sufría estos terribles daños con descrédito, los lamentaba con amargura, los procuraba evitar con celo; mas no podía atajarlos como deseaba y convenia. El ánimo, mal formado en un principio, suele hacerse indócil é incorregible. ¡Oh! ¡Cuántas veces, acercándose Calasanz en los hospitales al lecho de los moribundos para prestarles los auxilios espirituales; cuántas, entrando en las cárceles públicas para dar consejos de salud y persuadir el ódio al vicio, encontró personas incapaces de recibir los santos sacramentos, almas que se habían abandonado al crimen por ignorar la religión! No era ya tiempo de inspirarles las altas verdades, de cuyo necesario conocimiento carecían; ó no se prestaban dóciles á recibir la instrucción, cuya falta les había hecho tomar la senda del Infierno.

Abra, pues, Calasanz sus escuelas: enseñe él y sus hijos en ellas con celo infatigable la religión y la piedad; y nacerrán las virtudes, florecerá el cristianismo, se alegrará la Iglesia, se librarán de la perdición infinitas almas, y lograrán su eterna felicidad. Católicos; ¿no os parece que tales fueron los frutos que desde su principio produjeron las Escuelas Pías? ¿Dudaríais, acaso, que éstas prestan un servicio importantísimo á la Iglesia de Dios? ¿Qué formándose en ellas los hombres, desde su primera edad, buenos cristianos, son altamente benéficas á las almas? Yo os presentaré una sola prueba: la persecución cruel que ha declarado y sostenido contra ellas el Infierno. Ya en su nacimiento procuró sofocarlas, intentando la muerte de su fundador; transformado en horroroso monstruo un espíritu maligno, le derribó violentamente de una escalera de mano, en que se apoyaba para colocar la campana de las Escuelas. No permitió el Señor se lograra el intento de Satanás: José, aunque gravemente maltratado de la caída, vivió no obstante todavía muchos años, y llevó adelante su benéfica institución, bien á pesar del abismo, que frustrado su pri-

mer proyecto, puso en ejecucion cuantos medios pudo inventar su malignidad para destruir una obra, tanto más terrible para él, cuánto más útil era para las almas. Dicerios y calumnias de los extraños, fastidio, desaliento y desercion de muchos de los propios, fueron las primeras baterias con que pretendió arruinar el magnifico edificio: sembró despues la discordia, fomentó locas ambiciones, enajenó voluntades de personas influyentes y autorizadas; promovió atropellos increíbles contra el autor del instituto; arrastró, por último, á éste hasta el borde del precipicio. Se gloriaba ya casi de haberlo destruído y aniquilado, tanto era el horror que desde luego contra él concibió; pero la mano de Dios estaba allí. Nó, no pereció la obra de Calasanz, porque era obra de Dios y de su Madre. El Infierno pudo gozarse en ver á Calasanz conducido ignominiosamente á los tribunales; pudo complacerse en presagiar la próxima destruccion de su obra; más no celebrará este triunfo; se levantarán con gloria las Escuelas Pias; y todo el empeño de Lucifer por aniquilarlas, servirá solo para acrecentar la gloria de Calasanz, y manifestar al mundo cristiano, que ellas son altamente benéficas á las almas; que su autor ha merecido sobremanera bien de la Iglesia con tan grandiosa institucion. Y qué; ¿podremos asegurar esto mismo de José de Calasanz con respecto á la sociedad civil? Este hombre, que tantos beneficios dispensó á la Iglesia de Dios, ¿se desentendió de hacerlos al Estado? ¿Fué ménos benemérito de la pátria que de la religion?

Quisiera ser breve en esta segunda parte, y no podré serlo con facilidad, porque creen equivocadamente muchos, que un hombre virtuoso, un hombre dado á las prácticas del cristianismo, no puede ser un miembro útil á la sociedad. Este error debe combatirse; los ministros de la religion estamos obligados á hacerlo, y, afortunadamente, Calasanz es suficiente argumento para demostrar lo absurdo de esa calumnia vomitada por la impiedad contra el catolicismo. Por esta razon, aunque he omitido sin escrúpulo muchos de los servicios que prestó á la Iglesia; aunque nada he dicho de su celo por la conversion de los herejes, de su asiduidad en la administracion de los santos sacramentos, de su solicitud en promover la devocion de la santísima Virgen, y las prácticas de piedad, ejercicios que no desatendió en medio de las molestas fatigas del instituto; no puedo resolverme á pasar en silencio casi ninguno de los actos de su beneficencia exterior, de aquellos, quiero decir, que miran á la vida presente y refulgen de un modo material y sensible en el bien de la sociedad. ¡Cuán admirable no fué Calasanz en todas las épocas de su vida en esta beneficencia temporal! ¡Cuántos beneficios no dispensó á los pueblos

su caridad heróica! Hablen Peralta y Urgel, Ontaneda y Claverol, donde estableció de sus propias rentas y su legítima ricos Montes de piedad, que dolasen anualmente á cierto número de doncellas pobres, y distribuyesen dos veces al año grano y dinero á los indigentes y desgraciados. Hablen los hospitales y las cárceles de todas las ciudades en que por algún tiempo residió, donde distribuía largas limosnas á los infelices habitadores de aquellas tristes moradas. Hablen las Hermandades de los Santos Apóstoles, y de las Llagas de S. Francisco, que dedicadas al socorro de los pobres vergonzantes, enfermos y otros atribulados, fueron apenas conocidas por José, cuando tuvieron la dicha de contarle entre sus individuos, y multiplicados motivos de admirar y agradecer su generosidad y desprendimiento. Hable Roma, que experimentó su caridad y largueza, su fortaleza y resolucion en las horribles pestes de 1586 y 1631, y en la asoladora inundacion causada por el Tiber en 1598. Hablen, por fin, cuantos en su tiempo se vieron afligidos y de quienes tuvo noticia José; á todos ellos los amparó y socorrió por cuantos medios y arbitrios estuvieron á su alcance. ¡Oh! cuán benéfico fué para con los hombres este Patriarca! ¡Oh! ¡cuánto debieron los pueblos á Calasanz! Pero no dilatemos más el hablar de sus Escuelas. Descubramos la grandeza imponderable del beneficio que con ellas dispensó á la sociedad; manifestemos cuán bien mereció Calasanz de la pátria con la institucion de sus Escuelas. Y no penseis, hermanos míos, que pretendo yo ahora hacer su apologia, aunque no fuera esto en mí reprehensible, cuando el mismo Santo la hizo en tiempo oportuno con valiente energia y vasta erudicion. Pero está hecha ya en el ánsia con que las solicitaron y admitieron los pueblos, en el favor que les han dispensado constantemente los primeros poderes del Estado, en el respeto con que las han mirado las revoluciones mismas, que, á manera de torrentes, suelen, sin pensarlo, arrastrar entre sus impetuosas olas los más grandiosos edificios. Así que mi intento es solo elogiar al glorioso Patriarca, por el mérito que contrajo para con los pueblos en la fundacion de sus Escuelas. Efectivamente, con ellas atendió á la felicidad de los particulares, con ellas á la felicidad de los gobiernos. En las Escuelas Pias son admitidos los niños, sin distincion de clases ni condiciones: en ellas se sientan á recibir su instruccion, así el hijo del empleado público, como el del mendigo que pordiosear su mantenimiento. La instruccion que en ellas se dá, está basada sobre el Evangelio de Jesucristo. Hé aqui las dos circunstancias principales de ser tan beneméritos de los pueblos las Escuelas Pias. Con la educacion, que facilitan á las clases ínfimas y menesterosas, abren el

santuario de las ciencias á muchos talentos, que tambien brotan entre la desnudez y la miseria; rompen el dique de la ignorancia, que se oponia á que saliesen de su estado de abyeccion, y los sitúan en el camino que los puede conducir á los más elevados y honrosos puestos de la república. De ahí, ¡qué multitud de bienes para los particulares! ¡Cuántos ancianos que, nacidos en la pobreza y gastados sus años robustos en ocupaciones de poca utilidad, hubieran arrastrado una vez por muchos títulos miserable, la lograrian medianamente cómoda, sostenidos por los hijos á quienes colocaron en mejor posición las Escuelas Pías! ¡Á cuántas viudas, que llorarian hasta la muerte la desolacion en que las habían dejado sus esposos, enjugaron sus lágrimas despues los hijos que en las Escuelas Calasanzias se educaron! ¡Cuántos huérfanos, condenados por su desgracia á depender siempre del favor ajeno ó vender sus servicios á sus semejantes, instruidos por los hijos de Calasanz, hallaron el medio de vivir independientes, y de retribuir tal vez á las piadosas almas que los ampararon en su abandono!

Y la patria, ¡cuántos talentos ha utilizado con adelantamiento de las artes, honor de las ciencias y aumento de la pública riqueza! ¿V qué diremos de los grandes crimenes de que preserva á los Estados, contribuyendo así á la positiva felicidad de los pueblos, la instruccion religiosa que se da en las Escuelas de Calasanz? ¿Qué es un país imbuído en la ignorancia sinó un lago que abunda en reptiles ponzoñosos? Puede afirmarse, que para nada es buena la ignorancia, y á todo perjudica. Es imposible que salga ninguna luz de las tinieblas, y no se puede andar por entre éstas sin extraviarse. Los siglos más ignorantes y rudos fueron siempre los más viciosos y corrompidos. Ahora bien; desterrada la ignorancia de las clases indigentes, las más predisuestas por su natural condicion á precipitarse en los vicios, y á servir de instrumentos para la iniquidad, ¡qué considerable bien no reporta al Estado! ¡De cuánta mayor seguridad podrán gozar en sus haciendas y en sus personas todos los miembros del gran cuerpo político, hallándose imbuídos en el temor santo de Dios los que, por su posición miserable, son más tentados á arrebatar los bienes y vidas de sus semejantes! ¡No es acaso la rectitud de la conciencia el más poderoso freno de las pasiones? ¿Qué diremos pues? ¿Qué José de Calasanz no ha merecido bien de los pueblos por la institución de sus Escuelas? ¿Qué debe más á Calasanz la Iglesia que el Estado? Vosotros resolveréis; por mi parte creo haber cumplido ya lo que os ofrecí, de proponeros los bienes espirituales y temporales que habia dispensado José á la humanidad, para que decidieseis,

si se le debe aclamar héroe de beneficencia religiosa, ó héroe de beneficencia social. Sin embargo, ya que al considerar las Escuelas Pías como útiles á la religion, hemos visto á su autor padecer persecuciones, ignominias y arreos con admirable fortaleza, veámosle tambien al considerarlas útiles á la sociedad en otra situacion no ménos interesante, y que explica con un lenguaje elocuentísimo su ansia de servir al bien de los pueblos. Calasanz, ya lo sabéis, dotado de grande ingenio, habia cursado con suma aplicacion la literatura, la filosofia, la sagrada teología, el derecho civil y canónico en las más célebres universidades de España: de casi todas estas facultades habia recibido con aplauso la borla de doctor, y habia manifestado la profundidad de su ciencia en el desempeño de los cargos más espinosos que se le confiaron. Pues bien: este universal y aplaudido doctor, éste hombre tan sábio, que hubiera podido leer cualquiera de las facultades mayores en las más concurridas Escuelas; que hubiera podido regir diferentes diócesis de España y de Italia, con que fué convidado; que hubiera podido tomar asiento en las más ilustres asambleas del mundo, en el sacro Colegio de Cardenales; no tuvo empacho ni reparo alguno en sujetarse á reformar el carácter de su letra para enseñar á escribir con perfeccion, cuando pasaba ya de los cuarenta años de su edad. ¡Oh Dios mio! ¡Calasanz, consultor y teólogo de sapientísimos prelados; Calasanz, vicario general de la diócesis de Urgel; Calasanz, ayo del nepote del eminentísimo Colonna; Calasanz, propuesto por la majestad de Felipe II para el arzobispado de Brindis, formando con robusta mano los primeros trazos de las letras! ¿Y con qué fin? Para servir á la humanidad, para ejercitarse en una obra de pública beneficencia, que le ha de costar inmensos sudores, imponderables fatigas, indecibles trabajos y crueles persecuciones..... Cristianis, no quiero ser más molesto. Habeis oído ya lo suficiente para resolver con vuestra madurez y juicio la cuestion que en un principio os indiqué. Cualquiera que sea vuestra resolucion, Calasanz resultará siempre un hombre eminentemente benéfico, heroicamente caritativo, y tan atento á la felicidad eterna como á la temporal de sus hermanos. ¡Bendicion, gloria y alabanza al noble hijo de España, al insigne bienhechor de la humanidad, al protector de los párvulos, al maestro de la niñez, al preceptor de la juventud, al padre de los huérfanos, á José de Calasanz, que tan altamente mereció de la Iglesia y del Estado! ¡Sea bendita la Religion augusta, la Religion santa, que supo formar su corazon tan benéfico para consuelo de todas las clases de la sociedad!

Santo glorioso, comunica á todos tus hijos tu noble espíritu, para

que imitando tus ejemplos y siguiendo tus pasos, sean como tú beneméritos de la Iglesia y de la patria; y enseñando con celo la religion, la piedad y la virtud, juntamente con las ciencias humanas, formen de todos los niños confiados á su cuidado cristianos perfectos y buenos ciudadanos. Alcánzanos tambien á nosotros la gracia de imitar tus ejemplos, para que tengamos la dicha de ser en tu compañía eternamente dichosos.

PANEGÍRICO
DEL BEATO JOSÉ ORIOL.

Ordinavit in me charitatem.
Ordenó en mí la caridad.

(CANT. II, 4.)

Cuando voy á formaros el elogio de José Oriol, aturrido al ver en un solo hombre tantas maravillas, virtudes tan heroicas, obras tan raras y efectos tan admirables, no puedo ménos de preguntar sorprendido con los judios enviados al Precursor, y atónitos de ver un hombre salido de la oscuridad y del desierto, para predicar con tanta energia en todos los pueblos: ¿Quién eres tú? Decidnos vos mismo, ¡oh gran José! ¿Quién sois vos? ¿Quién sois, que así de golpe entráis á la santidad por la parte más alta y heroica? ¿Quién sois, tan poderoso en obras y palabras? ¿Sois acaso Elias? Pues vuestro celo nos recuerda otra vez á este hombre bajado del Cielo; pero no para matar idólatras, sino para convertir obstinados. ¿Sois acaso profeta deparado para unos tiempos calamitosos, para ser la admiracion del mundo? Decidnos vos mismo quién sois, para que pueda yo responder á mi auditorio.

Á esta admiracion mía, señores, no he sabido encontrar otra salida y otra respuesta, que la que dió la Esposa de los Cantares para dar una idea de tantas maravillas y gracias como se hallaban en ella reunidas: *Ordinavit in me charitatem*. Yo soy, parece que dice José Oriol, aquel hombre, en cuyo corazon la misericordia del gran Dios ha depositado con particularidad su amor y caridad, ordenándola de tal manera, que produjese con la más admirable armonia todos sus efectos. Así la caridad de José y sus efectos, principalmente el celo, que es el primero de ellos, os darán el elogio de nuestro Beato.

Espiritu divino, purificad mis lábios para que no profieran sino palabras que sean dignas de Vos, bañándolas de vuestra santa uncion

á mayor honra y gloria vuestra y de nuestra inmaculada Madre, á quien decimos con el ángel: *A. M.*

Si el conocimiento de Dios es en el lenguaje bíblico la más consumada justicia, el conocerle y amarle debe constituir la más alta perfección de la criatura racional. No siempre el amor acompaña al conocimiento, aún cuando deba éste ser su verdadera y legítima consecuencia. ¡Cuántas veces el hombre, dotado de una inteligencia clara y capaz de comprender las grandezas de su Criador, se lanza, no obstante, á todos los excesos que le ofenden, y ni aun se cuida del cumplimiento de los más imprescindibles deberes que le impone su profesión de cristiano! Muy lejos de esto, nuestro Beato supo amar á Dios desde que tuvo un sér capaz de vislumbrar, aunque confusamente, la excelencia de aquel soberano objeto. Nace José en Barcelona: sus padres eran pobres, pero juntaban á su honradez el temor santo de Dios; y así, al salir de la infancia, procuraron su educación y le inspiraron la piedad. Desde entónces puede decirse, que empezó á amanecer la aurora de su santidad con los anticipados anuncios, de que había de lucir algún día en el Cielo de la Iglesia astro de primera magnitud, difundiendo sus benéficos influjos en nuestro venturoso suelo. En efecto; las bellas cualidades de su génio, dulce y amable, hermanadas con las buenas prendas de su espíritu, al paso que eran el encanto y hechizo de los que le trataban, le hacían con notoria preferencia recomendable á los demás muchachos de su edad y clase. ¡Qué gusto no sería verle, á pesar de sus pocos años, servir, cual otro Samuel, de monacillo en el templo, cumpliendo exactamente los cargos de su obligación! ¡Qué placer verle cual otro Tobias, dirigirse al altar, para ofrecer á Dios las primicias de su corazón! ¡Qué admiración verle cual otro Daniel, postrado delante el soberano Hacedor y divino dueño sacramentado, meditando las finezas de su amor, y confesando su bondad y misericordia! ¡Qué espectáculo, en fin, digno de Dios, de los ángeles y de los hombres, ver la candidez de la puerilidad unida con la prudencia de la vejez, en el que de antemano se iba disponiendo para el ejercicio de todas las virtudes! ¡Oh gran Dios, qué admirable sois con vuestros santos!

Pero, ¡qué confusión para vosotros, oh padres de familia, los que vivís descuidados ó poco solícitos de la educación de vuestros hijos, á quienes, sin atender á su mayor bien, permitís corran precipitados por los senderos de la perdición! Vendrá el día, en que se os pida estrecha cuenta de vuestro criminal descuido é indolencia.

José puso su mayor conato en conservar lozana la azucena de su

castidad. Constándole que no hay castidad sin buenas obras, ni obras buenas sin castidad, se porta muy recatado y prevenido en el trato con las mujeres. Y aunque alguna vez le pruebe el fuego de la tribulación, el Cielo mismo sale en su defensa con la inaudita maravilla, de extender José la mano sobre áscuas muy encendidas y sacarla sin lesión alguna. Con todo, no fiándose de sí propio, porque conoce la flaqueza humana y los continuos peligros que la rodean, procura castigar su cuerpo y reducirlo á la esclavitud. Y para esto, ¿de qué medios no se vale su ingenio á fin de despojarse del hombre viejo, y revestirse del nuevo en Jesucristo? ¡Ah! Como si fuera un grande pecador, como si su vida hubiera sido disipada por el vicio, del mismo modo se conduce en su rigurosa mortificación y penitencia. Las soledades del Egipto y de la Tebaida no nos presentan más rigores en los Antonios, Pacomios é Hilariones, que los que dentro nuestros muros vieron los barceloneses con pismo y admiración. Ceñido su cuerpo con cilicios de hierro, azotado con ásperas disciplinas, postrado por muchas horas en el suelo en los fervores de la oración, y reclinado para tomar un breve descanso sobre desnudas tablas y una dura piedra; hé ahí el retrato de este penitente en quien no se conoce culpa particular, y que, émulo además de aquellos anacoretas, si no les excede, á lo ménos les iguala en la abstinencia y frugalidad.

Sentado en cierta ocasión á la mesa, una mano invisible le retira por tres repetidas veces el manjar apetecido. Los que se hallan allí presentes enmudecen, sorprendidos de la novedad de tan extraordinario prodigio. Pero José, aunque parado en descifrar el misterio, conoce al punto que el Señor le llama por aquel medio á emprender otro género de vida, en que sirva en particular de eficaz ejemplo á sus amados barceloneses. Vosotros, pues, le veriais ya sin más dilación ni demora, obedecer fiel á los llamamientos del Cielo. Vosotros le veriais comer solo y retirado, tomando un poco de pan y agua una vez al día, y añadiendo solo en algunas festividades el plato de unas escasas yerbas, dispuestas sin el menor condimento. Puede decirse con toda verdad, que desde aquel instante fué su vida un perpetuo, riguroso ayuno, al que supo despues dar mayor realce y perfección.

Despues que José empezó la grande obra de su santificación sobre los cimientos sólidos de aquellas virtudes, zen qué otra cosa puso tanta solicitud y esmero, como en procurar la santificación del prójimo, y con ella promover la mayor gloria del Señor? Es constante y sabido, que lejos de haberle salido frustrados en tan amoroso empeño sus incesantes tareas y desvelos, logró verlos con indecible gozo

cumplidos. No es ménos notoria la loable y sincera emulacion con que muchos emprendieron el acreditarle su tierno afecto, veneracion y respeto. Atraidos del buen olor de su santidad, sorprendidos de la agradable fragancia de sus virtudes, y plenamente satisfechos de sus suaves y dulces frutos, ¿qué no haria su fineza para perpetuar su memoria? Le aclamaron, pues, desde sus primeros virtuosos ejercicios, con una voz general, por santo; grabaron su nombre en sus corazones, y calificaron su mérito con la gloria del verdadero honor.

Empero, ¡cuán ingeniosa y discreta, amados hijos míos, cuán prevenida no fué siempre la conducta de José, del modesto y humilde José! Por más que él se hallase en medio del delicado contraste de procurar la mayor gloria del Señor y de conciliarle otra gloria su virtud, hecho superior á sí mismo, y sin faltar á tan honesta y útil ocupacion, no se desvaneció con el incienso del aplauso, que á manos llenas le prodigaba el agradecimiento. Por el contrario; él supo sacar de ahí un nuevo motivo de humillacion, altamente convencido, de que así como su pequeñez debía postrarse en el acatamiento de un Dios grande y magnífico, del mismo modo habia de tributarle su gloria en respeto á la que le corresponde como á supremo Rey sobre la tierra, y Dios grande sobre los Cielos, en su elevado trono. Así que, estimándose por polvo y ceniza y por un vil gusano, logró oportunamente conseguir, que cuanto más se abatiese con el desprecio de sí mismo, tanto más se levantase sobre el comun aprecio y estimacion; ensalzándole de un modo glorioso y honorífico la virtud, que con ser su premio, y rodeada de su honor, conduce á un tiempo á la cumbre del honor y de la gloria. Y si el justo, en expresion del Salmista, se regocija y gloria en el Señor con complacencia en la rectitud de su corazon, ¡con qué más relevante motivo no debería complacerse José en la divina verdad, ya que habiendo alcanzado una gloria que rendia en honor de su Dios, juntamente habia merecido un honor que daba á Dios toda la gloria!

Animado del más inflamado deseo de poseer el sumo bien, corre con agigantados pasos, y se adelanta en la perfeccion, apenas se mira decorado con la dignidad de sacerdote. En un estado, en que los ángeles se reputarian por dichosos de tener el poder de Dios en sí vinculado, y á cuya singular prerogativa se muestra él fiel y obsequioso; en un estado, en que debe resplandecer la luz de la buena doctrina y la antorcha de una vida ejemplar; en un estado, en fin, en que reune las cualidades de padre y maestro, el que por su integridad debe ser sal que preserve de la corrupcion del vicio y del pecado; ¡qué abundante cosecha no promete en la viña de la Iglesia este

nuevo obrero inspirado por el Padre de familia! ¡Y qué frutos no deben igualmente esperarse del que como árbol, plantado á la orilla de las corrientes del Paraíso, empezó á dar flores y frutos, plantado como cedro en los atrios del Señor! Barcelona, la dichosa Barcelona, los vió, los cogió, y se saboreó en ellos con gusto y provecho. Sus moradores, que fueron abonados testigos de su vida pública, no ignoraron algunas particularidades de su vida privada. Ellos supieron, que, engolfado en las suaves consolaciones de su espíritu, se escondia cual humilde tortolilla en su nido, huyendo á la soledad de su escondido albergue. Ellos supieron, que, por un raro prodigio, no contento de haber sido por espacio de veinte y cinco años un Bautista en la mortificacion y penitencia, pasó toda una cuaresma sin otro alimento que la Eucaristia. Ellos supieron sus arrobos, sus maceraciones y los fuertes combates con el maligno, de los cuales salia muchas veces con las señales del vencimiento. Ellos supieron.... Pero ¿qué más pudieron ellos sondear de su vida privada, si la tenia José en parte escondida en Jesucristo? Mas poco importa que el justo esconda en cuanto puede su virtud, cuando el Cielo la manifiesta. Por una adorable divina disposicion, era José destinado á continuar sus tareas y trabajos apostólicos en esta su amada ciudad; y aunque, llevado de su celo, se dirigiese á la metrópoli del órbe cristiano, para pasar de allí á predicar el Evangelio en los paises bárbaros, donde apenas era conocido, le fué preciso volverse por mandato de la Soberana Señora, que en Marsella le honró con su presencia, llenándole con el restablecimiento de su salud de inexplicable gozo y alegría. Aquí pues, dentro el pátrio recinto, se le abre un dilatado campo, en que luce adelantado valeroso con seguridad del triunfo y del merecido premio. Aquí es donde convence la impiedad del mundo, destruye los ardidés de Satanás, y burla los lisonjeros atractivos de la carne. Aquí es donde sigue las pisadas del divino Maestro de ser todo para todos, y de enseñar más que con la palabra, con el ejemplo. Un conjunto de virtudes sublimes, que rara vez aparecen entre el tráfago, confusion y bullición de populosas ciudades, forma luego la admiracion y aplauso de Barcelona.

Reproduzcamos, amados oyentes míos, aquellos remotos pasados tiempos, observadores de su apostólico ministerio; pero ántes, con arreglado método, examinemos el modo con que atiende en adelante al negocio de su santificacion. Figúrese un hombre dotado de abundantes ilustraciones, que pone su cuidado en agradar á su Dios, y que anda de virtud en virtud, disponiendo su corazon en el lugar que escoge para esclarecerle. ¿Qué puntual diseño de nuestro José,

al tiempo que en Barcelona se dedica en bañar á su alma con las luces que espere de su virtud y santidad? José, conocido de todos por humilde, piadoso, austero, casto, penitente, y por la oracion que ofrece al Señor desde su primera edad, es el que se adelanta en procurarse en toda ocasion familiar y siempre presente. Él no puede dejar de tenerle fijo en su mente, porque le sigue y acompaña por medio de la oracion. Si tiene que celebrar el santo sacrificio de la misa, se prepara ántes por tres cuartos de hora; y despues emplea media en dar al Señor las debidas gracias. Si reside en el coro, ¡qué modesto! ¡qué atento! ¡qué circunspecto! Si concluido el rezo se pone arrodillado delante del divino Sacramento, ¡qué extático! ¡qué recogido! ¡qué inflamado su rostro! Unas veces se eleva cual águila generosa á contemplar las divinas grandezas; otras se para en los atributos en que respaldece más la gloria del Excelso; otras veces medita sobre los misterios de la creacion, de la redencion del hombre, su regeneracion por el bautismo, y su reconciliacion por la gracia; sacando el fruto de su firme adhesion á esta y otras católicas verdades, que abiertamente cree, y en cuya defensa, si fuese dable, daría toda su sangre. De este su continuo ejercicio de la oracion, nace aquel sereno semblante, aquella su tranquilidad y exterior alegría, indicio de la paz interior y gozo de su alma. La oracion es la que con poderoso atractivo le conduce á la casa propia de la Oracion, donde parece que otro Felipe Neri retrata al vivo su espíritu, derramando copiosa semilla de ejemplar virtud. En una palabra, la oracion es la que difundida en su seno, le excita la llama que arde en amor de Dios, con las mismas ansias con que la Esposa de los Cantares andaba suspirando por su amado. ¡Qué no pueda yo ahora detenerme, y mucho ménos dilatarme en hablar de este amor por la estrechez del tiempo y segun lo tiene establecido la costumbre del día! ¡Qué no pueda yo hacer presentes sus soliloquios, sus transportes, sus revelaciones, sus secretos, y los enlaces de su intima union y amistad con Dios! ¡Qué no pueda yo describir las avenidas que de continuo recibia de la perenne fuente de vida, salud y amor! A lo ménos séame concedido decir, que fué un amor puro, fraguado en la oracion, por la que rogaba él siempre amando, y amaba rogando á su Dios. Y como le constase que el Señor exige ser amado por sola su bondad, aborrecia otros amores, estrechándose más y más por la oracion con los vínculos de tan perfecto y casto amor.

Cristianos, por el amor que debéis á este mismo Dios, examinad allá en el fondo de vuestro corazon, si habeis cumplido con la promesa que le hicisteis por el bautismo de serle fieles, y de renunciar

á las pompas del comun enemigo. ¡Ah! yo me temo mucho de vuestra infidelidad, y que, seducidos del amor á los gustos y placeres de Babilonia, habeis quizá por ellos abandonado las delicias de Sion. Poned en cotejo el amor del mundo con el amor de Dios, y vereis, que aquél, sin poder satisfacer el apetito, deja vacio el corazon, y que en el regazo del gusto se mezcla el disgusto y pesar; cuando por éste, léjos de experimentarse desazon, amargura ni disgusto, se prueba en el seno de la virtud, cuan dulce, bueno y suave es el Señor. Esta verdad la teneis evidente en la vida de los santos. Temed, pues, que el mismo que ahora os llama y convida á la reforma de vuestras costumbres excitándoos al divino amor, no sea algun día el fiscal que os acuse ánte el inexorable juez. Pero ya, amados oyentes míos, parece que llaman nuestra atencion los rápidos progresos que hace José en la ciencia de los santos, con conocido adelantamiento en su propia santificacion y en la ajena. En este tan laborioso ejercicio, que no interrumpen sus demás atareados desvelos, campea y sobresale aquel su fervoroso é incomparable celo, nueva llama del volcán de su caridad, que siendo menor en la intension por la diversidad de sus acciones, ó más bien de otras tantas centellas con que se comunica, es mayor en la extension por los muchos objetos que abraza.

No lo dudeis; pues José, á impulso de dicho celo, animado por la caridad y agraciado con singularísimos dones por la benéfica mano del Omnipotente, ora se presenta á manera de un celestial médico, que trae el remedio, consuelo y alivio á Barcelona; ora de un celosísimo apóstol, que trabaja infatigable en su santificacion; esmerándose en ambos cargos con tan feliz éxito, que las enfermedades, crueles azotes de la vida, desaparecen al imperio de su voz: que los pecadores, primer blanco de sus pláticas y exhortaciones, se amedrentan, se enmiendan y hacen patente su conversion, huyendo del vicio como de la muerte, del pecado como de la cara de una venenosa sierpe, y abrazando la amable virtud. Os parecerá tal vez, amados oyentes míos, ser sobremanera ponderado lo que os digo; mas por lo que mira al poder grande que distingue á tan esclarecido Taurmaturgo, puedo aseguraros, que en lugar de encarecerle me quedo todavia corto, excediendo él á todo encarecimiento. Trasladaos sinó con la imaginacion al lugar santo, que es la piscina donde tantos ván á restablecer su salud. ¡Qué prodigio! Á todas horas le buscan las gentes y encuentran el remedio en sus males, con solo hacer José la cruz en la frente de los dolientes, y proferir el nombre de la beatísima Trinidad. Los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, los cojos andan y los paralíticos quedan sanos. ¡Templo santo,

que fuiste el teatro donde se obraron tan grandes maravillas! tú me infundes un superior respeto, que no puedo bien explicar, por la dicha de haber sido consagrado por el ministerio apostólico de tu humilde beneficiado, que en tí adelantó su mérito con inmortal gloria y honor.

Pero no nos detengamos, si queremos atenderle en otros lugares, á donde le lleva su celo para ejercitar su bien ordenada caridad. Abrasado siempre de una sed ardiente de procurar el alivio posible y utilidad de sus hermanos, busca oportunas ocasiones en que pueda verificarlo con los miseros y desvalidos. En los hospitales, en aquellas moradas tristes en que se oyen continuos lamentos de los que yacen postrados en el lecho del dolor, es donde tambien acude y se advierte ocupado nuestro Beato. Allí se conduce de sus males, les anima á tolerarlos con paciencia, y les enseña á ofrecerlos al Señor; llegando á tan alto grado su caridad, que muchas veces chupa la podre de sus llagas ántes de curarlas. En las cárceles visita los presos, y les persuade á conformarse con el destino á que les han traído sus delitos, y á ser en adelante ciudadanos honestos y útiles á su patria. En la casa de la Misericordia se explaya con la misericordia y consolacion. En el asilo de los pobres, considera en cada uno de ellos una perfecta imágen de Jesús, que vivió pobre y murió desnudo en una cruz. Siendo los pobres sus más allegados, les trata como hermanos; y como acostumbrado á expender con ellos las limosnas que alcanza, en términos de despojarse alguna vez de sus propios vestidos para cubrir su desnudez y miseria, llega hasta el punto de desprenderse del poco dinero que lleva, haciéndose voluntariamente pobre para ser rico con los bienes y riquezas que nunca le han de faltar. ¡Qué más! Busca él mismo á los pobres por la ciudad y les socorre, sin esperar á que le pidan lo que les tiene guardado en el archivo de su caridad; sucediendo en cierta ocasion, y en hora muy adelantada de la noche, andar cuidadoso en busca de alguno con quien repartir un real de plata, que por descuido habia quedado en su poder.

Y el que tan liberal y benéfico se porta en socorrer las necesidades corporales, ¿por ventura lo ha de acreditar ménos en socorrer las espirituales? Absorto mi ánimo se imagina con dulce placer contemplarle, particularmente al tiempo que se dedica á procurar la reconciliacion y salvacion de las almas. Engolfado en este amoroso ministerio, yo le descubro semejante al buen pastor que corre tras la oveja perdida, y no descansa hasta haberla recogido en su aprisco. Con estas mismas ansias se afana él y fatiga en busca de los pe-

cadores, ovejas perdidas y descarriadas del divino rebaño. Mas, ¡con qué alegría y gozo de su corazón, no rebosa su semblante, apenas tiene la venturosa suerte de encontrarlas! Y ¡con qué amor y cariño no les habla y amonesta! ¡Ah! cual otro Nathán, les reprende sus públicos deslices, dándoles en rostro con el inminente peligro de condenarse, y con la inevitable infelicidad, si no dejan sus desvios, de perder la felicidad eterna. Las dos famosas conversiones que pueden muy bien llamarse los más señalados triunfos, que entre otros alcanzó de dos paisanos mal andantes caballeros, serán un eterno monumento de su celo, al paso que nos dán una convincente prueba de esta verdad. Cuando el vicio llevaba arrastrando á los miserables con acelerados pasos á su ruina, guiado José por la luz de un superior conocimiento, y sin que pudiesen contenerle ni lo arriesgado de la empresa, ni el menor humano respeto, se les presenta oportunamente, les descubre y afea sus premeditados torpes intentos; y como órgano fiel de aquella voz que derriba los altos cedros, corta la voráz llama y hace estremeecer el desierto, consigue ¡oh singular prodigio de la divina gracia! que aborreciendo ellos la culpa, dén luego con la penitencia el gozo grande que dice Jesucristo ha de haber en el Cielo por la conversion de un pecador.

Ahora, pues, amados oyentes míos, á vista de tan gloriosos y felices hechos, ¿no me direis si pudo hallarse un celo más ardiente y una caridad más encendida, que el celo y caridad de José? Y por lo mismo, ¿no sería ya este laborioso é incansable ministro del santuario muy digno de la remuneracion concedida al siervo bueno y fiel, de entrar en el gozo de su Señor? Aquel Señor, que con ser fiel en sus promesas dá á cada uno segun sus obras la retribucion, no quiso diferirla por más tiempo con su querido siervo. Inclínadose, pues, benigno á satisfacerle el inflamado deseo que tenia con el Apóstol de deshacerse de su cuerpo, cambió su pasajera mansion con el descanso en los eternos tabernáculos. Pasó pues José Oriol de una vida frágil y perecedera á una inmortal vida, acompañado de su inseparable mérito. Y puesto que se habia mostrado tan conforme á la imágen del divino Redentor, fué muy propio le fuese parecido, cual inmolada víctima de caridad, en aquel su último tránsito, que si no lo causaron en un todo, lo aceleraron á lo ménos los fuertes golpes con que poco ántes le habia apaleado Satanás; verificándose así, que á quien supo subir por la senda de la tribulacion á la cumbre de la santidad, le fué debido el glorioso ornamento de un con-digno y sublime galardón.

Hermanos míos, nosotros podemos lisonjearnos de ser sus devo-

tos paisanos; despues que hemos oido la solicitud y cuidado con que procuró su santificación y la de su proximo, ¿qué no deberiamos practicar para imitarle, que es el principal fin á que debe atender el cristiano en la festividad de los santos? Y siendo este el espíritu que anima á nuestra madre la Iglesia, no le corresponderiamos como buenos hijos, si nos portásemos tibios é indiferentes, y si, léjos de adoptarle, le pospusiéramos tal vez al espíritu del siglo, prefiriendo sus máximas de corrupcion á los modelos que aquélla nos propone en José de tan notoria utilidad.

Á vos pues, oh Beato José, que eternamente feliz morador en la region de los vivientes, exigió de nosotros el culto que en este dia os tributamos humildes y reverentes á vuestro elevado mérito, con la más firme confianza acudimos ahora á implorar la proteccion que tantas veces nos habeis dispensado. Haced que este pueblo siga las pisadas de vuestras virtudes, que este sea el fruto que coja en su buen crédito y provecho, sin hacer caso de lo que no contribuya al interés único de su salvacion. Esta es la principal gracia que os pedimos nos alcanceis del Todopoderoso, para que podamos algun dia acompañaros en el descanso de la gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO I DE SAN JUAN BAUTISTA.

Joannes est nomen ejus.

Juan Bautista es su nombre.

(Luc. I, 63.)

El nombre solamente de algunos hombres forma su elogio. En vano nos valdríamos de los más ingeniosos rodeos de la elocuencia para manifestar lo que han sido y lo que han hecho, y fuera inútil estudiar el modo de producirse, para dar á conocer con una brillante idea la grandeza de sus acciones y el resplandor de sus virtudes. Esto sería estar dibujando siempre su retrato y no acabarlo jamás. Comunmente se cree, aumentar la gloria de los héroes que se celebran haciendo una pomposa descripcion de sus maravillas; pero el elogio, cuanto más natural, hace más sublime la idea. Pronunciar su nombre, es acabar su panegirico.

No haya miedo, pues, de que yo os diga, hermanos míos, que el Precursor del Mesías se representa hoy como un profeta de la Judea; un hijo, que es el esplendor de los santos, la alegría de los ángeles, el silencio de los profetas y la voz de los apóstoles; un hijo, que creían ser un Dios, si él mismo no declarase que era un hombre. Yo me aparto de todos estos titulos, ó por decirlo mejor, los junto todos. El nombre de este niño es el de Juan Bautista.

En efecto; ¡cuántos prodigios me representa este nombre! Él me excita á la memoria la inocencia y la autoridad de José; la fé y el poder de Moisés; el celo y la piedad de Elias; y me representa, en fin, los privilegios más admirables y las más heróicas virtudes.

Los privilegios de Juan Bautista son los que forman su gloria:
Punto primero.

La fidelidad con que Juan Bautista corresponde á sus privilegios forma su mérito: *Punto segundo.* Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

En las sagradas Escrituras es donde busco los privilegios, que, al mismo tiempo que distinguen á Juan Bautista, forman su gloria. Privilegio en el acontecimiento de un nacimiento milagroso; privilegio en el conocimiento de los misterios más ocultos; y privilegio, en fin, en el testimonio que Jesucristo le dá. El primer privilegio de Juan Bautista es el de su milagroso nacimiento. Si es cierto, que éste es un presagio de lo que se ha de llegar á ser algun día, y de que por la grandeza presente se nos permite juzgar de la futura: ¿qué consecuencias tan prodigiosas son las que nos anuncian las primeras maravillas que precedieron y acompañaron á su nacimiento? Hagan en buen hora ostentacion de su nobleza los hijos de los príncipes, y alaben la sangre de que proceden, que Juan Bautista tiene más gloriosas ventajas. Los hijos de aquéllos nacen entre el oro y la púrpura: el resplandor que les rodea dá á entender, el papel tan grande que muy en breve han de hacer en el teatro del mundo. Las alabanzas les buscan, y el respeto se les anticipa, los placeres y diversiones les esperan. El pueblo les contempla felices, porque parecen serlo. Pero ¿lo son? Nada ménos que eso. En medio de su mayor gloria, se levanta una espesa nube que oscurece su lustre; é hijos, como nosotros, de un padre prevaricador, ni aún un trono les libra de la desgracia. Ellos bien pueden ser virtuosos por inclinacion, pero tambien son culpables como nosotros por castigo: aún no son grandes á la vista del mundo, cuando ya son criminales á los ojos de Dios. No sucede así con Juan Bautista. Ninguna cosa se opone á su gloria. Los primeros dias de su vida son unos dias de claridad. Apenas abre los ojos á la luz, cuando cierra el corazon al error. Su nacimiento es la destruccion del crimen y el triunfo de la virtud. Aún diré más: estaba muerto al pecado ántes de vivir en el mundo. Aún no había formado la naturaleza un hombre y ya había hecho un santo la gracia. Es un nuevo Jeremias, á quien llama el Señor desde el vientre de su madre; pero superior á aquel profeta, corresponde á la voz que le llama. Aún no podía pronunciar con su lengua las palabras, y ya se hacía entender por medio de señales.

Al privilegio de un milagroso nacimiento se añade el conocimiento de los más ocultos misterios. San Bernardo le distingue con esta bella señal: Juan Bautista es el primero que tuvo un completo conocimiento del Reino celestial. Ántes de él habían recibido los hombres insignes favores de Dios; pero el conocimiento del Reino celestial, no se les concedió sino imperfectamente á sus débiles luces. ¿Qué hombres fueron tan grandes Moisés, Josué y Elias! Todo lo podían: todo lo conocían; pero ellos ignoraron lo que fuese el Reino cele-

tial, ó por lo ménos, no nos lo dieron á entender. Pero ¿qué digo yo? Desde el principio del mundo busco y no encuentro, entre los juecos, profetas y patriarcas, uno solo que hubiese hecho mencion de este misterio ántes de Juan Bautista. Todo mi trabajo acerca de este punto ha sido en vano. Juan Bautista fué el primero que lo conoció y lo dió á conocer. El primero que hizo oír aquellas magníficas y consoladoras palabras: haced penitencia, porque el Reino de los cielos se acerca. Aquel Dios, á quien no conoceis, y está ya en medio de vosotros, es un Dios de paz y de misericordia.

Si la suerte de Juan Bautista os ha parecido hasta aquí tan gloriosa; ¿cuánto mejor os parecerán los conocimientos que ninguno otro ha tenido para sobrepajar á los doctores de la ley antigua, instruir á los de la nueva, y, al mismo tiempo que era hombre, penetrar hasta la divinidad? Si: hasta la divinidad penetró. ¿Qué cosa hubo en Dios tan oculta y tan secreta, que no entendiese y explicase? Como más ilustrado y mejor instruido que los apóstoles, no mira él á Jesucristo como un conquistador de la tierra, sino que le mira y nos le anuncia como Hijo de Dios y Dios mismo, como eterno y nacido en tiempo, como impecable y cargado con los pecados de los hombres. Pero lo que llama de nuevo mi atencion es la particularidad, de haber sido un verdadero misterio en la religion cristiana. Él encierra en sí todos los demás que hay en ella. Los profetas le conocieron ya, cuando á los hombres no se les había concedido esta gracia, y, sin embargo, le conocieron imperfectamente. Los cristianos le reverencian y no pueden comprenderle. Cuanto más procuran descubrirle, más oscuro é impenetrable les parece. Este es un laberinto en donde la razon se pierde, si la fé no la ilumina. Juan Bautista es el primero para quien este misterio parece deja de serlo. Este abismo de tinieblas, en donde se pierde y confunde el entendimiento humano, se le presenta claro y sensible. Á mí se me figura que vuestro espíritu os conduce ya á las riberas del Jordán. Ya os parecerá que estais viendo al Hijo de Dios á los piés de Juan Bautista: pero ¿qué espectáculo! Aquel Padre celestial despide su voz diciendo: Ved ahí, ahí tenéis á mi Hijo querido: ese Hijo es el único objeto de mis complacencias. El Espíritu Santo descendiendo en figura de paloma... ¡Qué conocimientos! ¡Qué favores! ¡Ah! concebíd, pues, lo que yo no puedo explicar: las palabras faltan á los conceptos. Un hombre bautiza á un Dios; y este hombre ve y conoce lo más secreto y lo más misterioso que hay en el órden de la gracia. Yo aseguro, que aún cuando hubiese hecho el elogio de muchos santos, no habría comenzado aún el de Juan Bautista. Para hacer dignamente el de su gloria, es

preciso servirme de las palabras del mismo Jesucristo. Este Señor, pues, le dá el testimonio ménos equívoco y más glorioso.

El tener de su parte la aprobacion de los hombres, es una ventaja que no siempre la produce el mérito. Los hombres se pueden enganar en el juicio que forman de los demás. Muchas veces sucede, que el ménos acreedor es el que tiene más panegiristas. No sucede lo propio con el testimonio que dá Jesucristo, porque la grandeza de la virtud gobierna siempre la de sus elogios. ¿Qué elogio, ni qué parecer más sincero y glorioso que el de la misma Verdad? Vosotros habeis estado en el desierto, decia el Salvador del mundo á los pueblos que le seguian, y habeis visto á Juan Bautista. ¿Corresponde su virtud á su reputacion? ¿Es acaso alguna débil planta á la cual un lijero viento agita y tuerce? ¿Un hombre semejante á aquellos á quienes tiranizan las pasiones, y se sepultan cobardemente en el centro de una vergonzosa ociosidad? ¿Cuántas son las maravillas que os han admirado? ¿Encontrareis acaso algun profeta como él? Por más grande que sea vuestra idea, nunca corresponderá al mérito de Juan Bautista. Este es superior á los profetas por la excelencia de su vocacion, por la singularidad de su ministerio, por la excelencia de sus virtudes, y por mil circunstancias que tiene y ningun otro las posee. Si, superior á los profetas. Pero aún digo poco: entre los hombres no hay ninguno que pueda ser comparado con él. La gloria que los otros tienen repartida entre sí, se halla reunida en él solo. ¡Qué gloria la de haber tenido á Jesucristo por panegirista! ¡Qué mérito el de haberse hecho digno de ello! La fidelidad con que Juan Bautista corresponde á sus privilegios, es la parte que nos resta.

Para corresponder Juan Bautista á sus privilegios, era menester que fuese un ejemplo de humildad, de celo y de constancia. Por su humildad, correspondió al milagro de su nacimiento; por su celo, á la extension de sus conocimientos; y por su constancia á los testimonios que le dió Jesucristo. Yo, desde luego, establezco su mérito sobre la humildad más profunda. Atendamos á sus primeros días, y veremos, que como superior á las flaquezas de la infancia y dueño de su corazon, sin conocer aún los primeros movimientos de él, se excede á su razon, triunfa de la naturaleza, y se forma y ejecuta el más heroico designio. El huir del mundo por necesidad, despues de haberse unido á él por flaqueza, es muchas veces una ambicion refinada. Se toma la mascarilla de la virtud por la virtud misma. La conducta de Juan Bautista me representa otra escena muy diversa. El dejar al mundo, ménos es por olvidarle que por no conocerle; ménos por evitar la persecucion, que por apartarse de los honores. En

efecto; sigámosle entre los horrores de su desierto. La humildad es la que le condujo á él, y la que le sostiene. En su penitencia hay un mérito mayor y más puro que el de la penitencia misma. Por más libre y austera que pueda ser, no me admira tantó como la humildad que le acompaña. La humildad que le quita del trato y conocimiento de los hombres, le dá un mérito cuyo precio solamente Dios conoce. Pero, cuanto más ingeniosa es la humildad para violentarse, otro tanto más atentos son los hombres para descubrirla. El nombre de Juan Bautista se percibió hasta en la oscuridad de su desierto. En las montañas de Judea resonaban ya sus alabanzas. Sus virtudes admiraban á la Sinagoga. Y se persuadian de que era el Mesias prometido á Israel. Para informarse por él mismo de todo esto, se disputaron los mayores personajes que habia en aquel tiempo. ¡Cuán dificultoso es el que permanezca la virtud á vista de unas señales tan lisonjeras! Juan Bautista no tiene más que hablar, porque, como árbitro de su suerte, solo su palabra basta para ensazarle al colmo de la gloria. En el concepto de los hombres era tenido por un Dios, y en boca de Dios era el más grande de los hombres. Pero ¿qué es lo que le dicta la humildad? Decir que no era el Mesias, era hacer justicia á la verdad. Yo no tendré por virtud el haber desengañado á los pueblos crédulos. Mas tenerse uno por ménos de lo que es, despreciarse, abatirse y anonadarse, por decirlo así, en el sentimiento de su humildad, esto es un prodigio, y lo que justamente admiro yo en Juan Bautista.

Juan Bautista debía ser admirable en su celo, despues de haber sido singular en su humildad. ¿Cómo estaba, pues, la Judea cuando se propuso reformarla? Gozaba de una profunda paz, como que estaba sometida á las leyes de los Césares. Pero una paz como aquella no viene á ser otra cosa, muchas veces, que un fecundo origen de vicios y de desdichas. La depravacion de las costumbres era general por toda ella. Ignorancia en los unos y supersticion en los otros. El pueblo grosero se empeñaba en el mal, porque no conocia el bien. Los grandes se habian hecho afeminados y lujuriosos, entregándose con otra tanta mayor libertad á sus pasiones en cuanto no habia ninguno que los reprendiese. ¿Qué remedio, pues, para tantos males? El celo de Juan Bautista: celo vehemente y lleno de fuerza, que persuade y atrae hácia sí á cuantos le oyen; y celo, en fin, lleno de amor divino, que empeña y arrastra á todos los pueblos al desierto. Apénas se oye la voz de Juan Bautista, cuando ván con precipitacion á ponerse bajo el yugo de su obediencia. Nadie se puede resistir á sus órdenes, y se procura estudiar su voluntad. Por la conversion de los

pueblos se vió precisado á presentarse en la córte. Aquella, donde entónces residia Herodes, era más bien que nunca el centro del vicio. Habiéndose olvidado aquel príncipe de lo que se debía á sí mismo, olvidó tambien lo que debía á sus súbditos. Sus desenfrenados deseos eran la regla de su conducta; y como lisonjeaba á sus pasiones un respetuoso silencio, se creia autorizado para satisfacerlas. Triunfaba la lascivia, y la verdad no se atrevia á dejarse ver. Sin embargo, ella se manifestará, hermanos míos, por más tiempo que haya estado cautiva, y se hará oír hasta en el trono. Desde el silencio del desierto entendió Juan Bautista la deplorable situacion de la córte, é inmediatamente se trasladó á ella, se presentó delante del príncipe, y fijando su vista en él, le hace escuchar con una voz firme aquellas temibles palabras: «El fuego del amor que os une á la mujer de vuestro hermano, es un fuego criminal y delincuente. Mi respeto os agraviaría, y parecería ser demasiado flaco si no me atreviera á decirlo.» Tal es el lenguaje de una santa libertad: lenguaje, por desgracia, muy desconocido. ¡Cuántos Herodes hay en el mundo! ¡Cuán pocos Juan Bautistas! Poquísimo imitadores hay de su celo y aún ménos de su constancia.

Esta es entre todas las virtudes la más rara y apreciable. Una sola prueba suya basta para abatir el ánimo más grande. El corazón de nuestro héroe excede á los mayores encarecimientos. Ninguna cosa le intimida. Herodes se apodera de él y le sepulta entre los horrores de un oscuro calabozo. Llena de oprobios la inocencia, le condena Herodes sin otra causa que la de no haber querido oír de su boca la verdad. Pero venid conmigo á aquella oscura mansion, y contemplareis un hombre libre á pesar de sus prisiones: éstas las convierte en una cátedra de verdad. Como que se me figura oír su voz, que exclama desde aquella tenebrosa caverna, y dice á Herodes: ¡Oh príncipe! dejad ese ilícito y detestable comercio; romped, romped los lazos que os atan, y abandonad esa vergonzosa pasion, que os hace amar lo que prohíbe y menosprecian todas las leyes. Jamás me harán adular estas fuertes cadenas, ni seré traidor á la verdad por vuestra indigna flaqueza. Vos sois dueño de mi cuerpo, pero no de mi espíritu. Mis prisiones forman mis delicias; mi cautividad constituye mi gloria; ó por decirlo mejor, ¿cómo he de ser yo cautivo, cuando tengo la libertad de instruiros? Nó, no hay que dudar: más firme será mi celo en persuadiros, que ingenioso vuestro furor en perseguirme. ¡Heróica é invencible constancia! Ella triunfará hasta de la misma muerte... Llegó por fin el instante que Herodias esperaba como muy favorable á su venganza. Celebró Herodes con brillan-

tez el día de su nacimiento, y dispuso para ello un suntuoso festin. Consiguió entusiasmarle en él la hija de Herodias por la suma ligereza y destreza delicada que manifestó en un baile. Herodes se creyó dichoso en ofrecerla lo que le pidiere. Aprovechate, cruel Herodias, de una ocasion que te proporciona la imprudencia. Pón, pón el colmo á tus desaciertos con la muerte de Juan Bautista. Pronuncia Herodias la fatal sentencia á nombre de su hija, y se ejecuta. En fin, muere Juan Bautista. Apartad, cristianos, apartad la vista del más horroroso espectáculo; dejad que el furor llegue á los últimos excessos; dejad que la inhumana Herodias se alabe de su victoria; mirad con horror aquellos ensangrentados cabellos, aquella extinguida vista, y aquel rostro pálido y desfigurado. Y dejadla, en fin, que se atreva á insultar por una crueldad inaudita á su mismo enemigo, aún despues de muerto.

Instruidos ya del modo de obrar de Herodes, procuremos imitar á Juan Bautista, para que su gloria sea el objeto de nuestra admiracion: é imitemos su fidelidad, para que, algun día, participemos de la corona de que goza él en la eterna bienaventuranza. *Amen.*